

Santa Escolástica, monja benedictina, (10 de febrero)

Así la presenta san Gregorio Magno en el segundo de sus *Diálogos*, obra en la que narra y pondera la vida excepcional de san Benito:

Escolástica, hermana de san Benito, consagrada a Dios desde su infancia, acostumbraba visitar a su hermano una vez al año. El hombre de Dios acudía a ella y la recibía dentro de las posesiones del monasterio, no lejos de la puerta.

Un día vino como de costumbre; y su venerable hermano bajó hacia ella con algunos discípulos; pasaron todo el día en la alabanza de Dios y en santas conversaciones y, cuando ya empezaba a oscurecer, tomaron juntos el alimento. En medio de santas conversaciones fue transcurriendo el tiempo, hasta que se hizo muy tarde, y entonces la santa monja suplicó a su hermano: «Te ruego que no me dejes esta noche, sino que hablemos de los gozos de la vida del cielo hasta mañana.»

Él le respondió: «¿Qué es lo que dices, hermana? Yo no puedo en modo alguno quedarme fuera de la celda.»

La santa monja, al oír la negativa de su hermano, puso sobre la mesa sus manos, con los dedos entrelazados, y escondió en ellas la cabeza, para rogar al Señor todopoderoso. Al levantar de nuevo la cabeza, se originó un temporal tan intenso de rayos, truenos y aguacero, que ni al venerable Benito ni a los hermanos que estaban con él les hubiera sido posible



Tres días más tarde, el hombre de Dios, estando en su celda, elevó sus ojos al cielo y vio el alma de su hermana, libre ya de las ataduras del cuerpo, que penetraba, en forma de paloma, en las intimidades del cielo. Lleno de alegría por una gloria tan grande, dio gracias a Dios con himnos y alabanzas, y envió a sus hermanos para que trajesen su cuerpo al monasterio y lo enterraran en el mismo sepulcro que había preparado para sí mismo.

De este modo, ni la misma sepultura pudo separar los cuerpos de aquellos cuya alma había estado siempre unida en Dios.

mover un solo pie del lugar en que se hallaban. Entonces el hombre de Dios comenzó a quejarse contrariado: «Dios todopoderoso te perdone, hermana: ¿qué es lo que has hecho?»

Ella respondió:

«Ya ves, te he suplicado a ti, y no has querido escucharme; he suplicado a mi Dios, y me ha escuchado. Ahora, pues, sal, si puedes, déjame y vuelve al monasterio.»

Y Benito, que no había querido quedarse por propia voluntad, tuvo que hacerlo por fuerza. De este modo, pasaron toda la noche en vela, recreándose en santas conversaciones sobre la vida espiritual. Y no es de extrañar que prevaleciera el deseo de aquella mujer, ya que, como dice san Juan, Dios es amor, y, por esto, pudo más porque amó más.

Prefacio

(suplemento monástico al MR, 1980, 153)

Para revestir a su Iglesia de nueva belleza virginal, adornó a santa Escolástica con las joyas de la inocencia y te la hizo más acepta con la amable sencillez de la paloma. Hermana del glorioso padre san Benito, estuvo asociada a él también en la santidad, y bajo su magisterio, buscándote sólo a ti sobre todas las cosas, produjo abundantes frutos de gracia y mereció gozar eternamente de tu amor.

Oración

Al celebrar la fiesta de santa Escolástica, virgen, te rogamos, Señor, que, por su ejemplo, te sirvamos con caridad pura y alcancemos los saludables efectos de tu amor. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo.

Dos notas de interés

-Las excavaciones que se han realizado en Montecassino, tras la destrucción de la abadía durante la II Guerra mundial y que han llevado al estudio de la que se considera la tumba de Benito, han descubierto, junto a sus restos, los de una mujer, fácilmente identificable con santa Escolástica (480-547).

- Santa Escolástica a menudo es representada con la paloma (recuerdo de la visión de Benito) o en hábito benedictino, con el libro de la regla en la mano. Aquí hemos preferido la representación pictórica de Claudio Coello (s. XVII)